

lipas. Pronúnciase Don Ignacio de la Llave en Orizaba, y prende el fuego en el importante departamento de Veracruz. Vega engruesa sus fuerzas en la Sierra Gorda, estendiéndose por San Luis; López en Tehuantepec, comunicando aliento á los patriotas de Oajaca; Hinojosa y Villaseñor en Autlan, fomentando el movimiento de Jalisco. No habia en suma á fines de Junio, un solo departamento donde no se hubiera protestado abiertamente contra la tiranía dictatorial; y visiblemente iba llegando la última hora de aquel poder opresor.

No era bastante á poner las cosas de mejor condicion para el gobierno, un paso que habia dado el dictador con el objeto de reparar los desastres de su mala causa ante la opinion pública. Viendo que por todas partes le brotaban enemigos, ocurrióle que tal vez podria conjurar la tormenta, poniendo en práctica un pensamiento que sinceramente adoptado, le habria salvado tal vez en tiempo oportuno, pero que entonces acabó de perderle. Lo peor que pueden hacer los que gobiernan, es dar á los pueblos el derecho de decir: *ya es tarde*. Esto es lo que dijo entonces con sobrada razon el pueblo mexicano al gobierno de Santa-Anna.

El 25 de Junio convocó el dictador al Consejo de Estado, y sometió á su deliberacion dos cuestiones, sobre las cuales recomendó á los consejeros que hablaran libremente. Eran estas:

“1.^a ¿Há llegado el tiempo oportuno de espedir un Estatuto ó ley constitutiva de la República?”

“2.^a ¿Cuál es la autoridad, corporacion ó asamblea que deba espedir dicho Estatuto?”

El Consejo dijo que habia llegado aquel tiempo, y que el mismo presidente debia hacer el Estatuto ó constitucion. Despues se le consultó sobre la forma de gobierno que deberia adoptarse, y se dió libertad á los periódicos para que manifestaran su opinion sobre este punto: el Consejo respondió que debia adoptarse la forma republicana, y lo mismo dijeron los órganos de la prensa que de este particular trataron.

Aquella resolucion del Consejo causó profundo disgusto al dictador; y sus ministros se quejaron de que en el seno de aquel cuerpo escojido hubiesen penetrado las ideas revolucionarias. No esperaban ellos que los individuos del consejo, aquellos hombres que merecian toda su confianza, y que no estaban contaminados ya por algunos prevaricadores,⁴ hicieran una

4 Don Manuel Baranda, Don Antonio Florentino Mercado, y algunos otros, habian sido lanzados de allí por su independecia, por su franqueza, y por sus opiniones contrarias á toda opresion, y andaban confinados fuera de la capital.

manifestacion tan clara, aunque indirecta, de que la nacion no estaba bien con la política dictatorial. Los consejeros todos, menos dos ó tres, dijeron en sustancia, que la República necesitaba alguna ley que no fuera la voluntad absoluta de un hombre; y lo dijeron en cuanto se les preguntó, sin vacilar un momento, sin detenerse, como si hubieran estado llenos de aquella idea; con lo cual probaban al gobierno, que podia la opinion pública no estar tan satisfecha de su política, como lo ponderaban sus aduladores. ¿Qué podia el gobierno esperar, no ya de sus adversarios, sino de los indiferentes, cuando sus amigos mas caros, los miembros de la corporacion mas adicta, pensaban de aquel modo?

Llegó á tanto el enojo del dictador, que faltó poco para que suprimiera el consejo de Estado, que ya desde entonces no fué para él mas que una corporacion poco menos que revolucionaria y facciosa. Si no dió aquel paso, fué porque estaba contemplando ansiosamente los que daba la revolucion, avanzando amenazadora y terrible á derribar su vacilante sόlio. Sin duda el gobierno dictatorial sentia ya entonces que la tierra se movia bajo su planta, y no se atrevia á dar los furibundos golpes de otras veces, temeroso de que se abriera y le tragara.

Todo el mes de Julio de 1855 se pasó en angustiosa

incertidumbre. Las cuestiones sobre constitucion estaban resueltas, pero el gobierno estaba muy lejos de obrar conforme á los consejos que se le habian dado. Antes que gobernar con una constitucion, aunque fuera hecha por ellos, Santa-Anna y sus ministros consentian en perecer mil veces. El dictador vacilaba entre dos pensamientos: el uno era marcharse; el otro hacer un esfuerzo desesperado sobre sus enemigos: combatian los ministros el primero; el segundo dependia de las circunstancias que se presentaran. No habia dinero; pero se habria conseguido arrendando las aduanas como se pensó, ó haciendo algun empréstito por ruinoso que fuera. Se habian sufrido grandes reveses; pero todavía el gobierno podia presentar en campaña mayor número de soldados que la revolucion, y á su servicio estaban jefes decididos, cuyo porvenir se ligaba íntimamente con su existencia. Una postrer tentativa podia haber sido fatal para la revolucion: bastaba un triunfo del gobierno en el Sur y otro en Michoacan, para que la dictadura hubiera afirmado su poder, y para que hubiera continuado por mucho mas tiempo, por un tiempo indefinido, aquel órden de cosas. No se hizo esta tentativa, porque la revolucion contaba con el genio y el brazo de uno de esos hombres que encadenan á sus plantas la victoria, y someten á su voluntad los acontecimientos: los hechos de Comonfort acabaron con las vacila-

ciones del general Santa-Anna, y le decidieron á marcharse.

El general Comonfort, despues de haber permanecido algunos dias en Michoacan, pasó al departamento de Jalisco, que habia de ser por entonces el último teatro de su gloria como revolucionario.

En Michoacan habia hecho á la concordia y á la buena armonía de los suyos, el sacrificio de sus afeciones privadas: despues hizo á la humanidad el sacrificio de su reputacion de caudillo. Desde su llegada del Sur habia pensado tomar á Pátzcuaro, poblacion importante, cuya ocupacion valía mucho para la causa de la revolucion, por su situacion topográfica y sus recursos. Habia hecho ya para ello todos los preparativos necesarios, y estaba dictando las convenientes disposiciones para el ataque, cuando llegó á entender que las guerrillas abrigaban proyectos de venganza contra aquella ciudad, y que para cumplirlos, pensaban entregarla al saqueo en cuanto cayera en sus manos. Por mas que hizo el general en jefe, no pudo disuadir de semejante propósito á aquella gente ofendida y apasionada; y conociendo que no habia de poder evitar una catástrofe, prefirió no tomar á Pátzcuaro. ¡Rasgo de humanidad, tanto mas digno de admiracion, cuanto que son muy raros en las guerras civiles, y mucho mas en aquella!

Al pasar de Michoacan á Jalisco, Comonfort dispuso que cubriera su retaguardia Don Eutimio Pinzon con su guerrilla; pero éste, por descuido ó por imposibilidad, no cumplió aquella orden, y dejó espuesta á un gran desastre á la division; de suerte, que si los del gobierno hubieran sido mas avisados entonces, se habrian aprovechado de aquella oportunidad para dar muy fácilmente un golpe de muerte al mas formidable de sus enemigos. La Providencia lo dispuso de otro modo, y permitió que llegara Comonfort adonde le aguardaba el genio de la guerra para ayudarle á dar el último golpe á los tiranos de su patria.

El 21 de Julio se presenta delante de Zapotlan, y toma las convenientes medidas para atacar aquella poblacion importante. La guarnicion está decidida á defenderse hasta morir, teniendo por auxiliares de su valerosa decision, dos líneas de formidables fortificaciones. Llega la mañana del 22, y los sitiadores atacan con furia; pero el éxito está muy dudoso, porque los defensores de la plaza no retroceden un paso. Entonces se adelanta Comonfort, y asalta personalmente las trincheras para dar pronto fin á la jornada; síguenle Degollado, Ghilardi y Pueblita; los defensores se admiran de tanto arrojo, y continúan luchando desesperadamente: pero mas de cien cadáveres de sus compañeros yacen tendidos en las trincheras; los si-

tiadores han penetrado ya en la plaza marchando en pos de su valiente caudillo; toda defensa es ya inútil; y tienen que rendirse á la merced del vencedor.

Pero la lucha habia sido obstinada y sangrienta, y los vencidos estaban allí fatigados é inermes, brindando á los vencedores á tomar venganzas terribles. Ya los soldados del Ejército libertador blandian furiosos las armas para acabar con los jefes y oficiales rendidos: el caudillo les grita, pero es en vano; la fiebre de los combates y la sed de venganza los devora, y no pueden escuchar las órdenes de su jefe que les manda que perdonen. Entonces Comonfort se interpone entre los suyos y los vencidos, y salva la vida de éstos presentando su cuerpo de escudo contra las armas de los vencedores irritados.

De este modo los jefes y oficiales de la guarnición de Zapotlan debieron la vida al general Comonfort; y entre ellos habia algunos á quienes habia salvado ya en otra ocasion de una muerte cierta. Seguramente sobre las trincheras ensangrentadas de Zapotlan no hubo quien recordara á Comonfort el mal pago que solian tener aquellos beneficios; pero lo cierto es que no fué aquella la última vez que encontró delante de sí, haciéndole la guerra, á los mismos á quienes habia salvado la vida.

La toma de Zapotlan fué un hecho de armas, del cual se habló mucho, porque brilló en él con especialidad el denuedo del general en jefe. El dijo en su parte con la modestia del verdadero mérito, que habiendo asaltado simultáneamente las trincheras cuatro columnas en medio de los fuegos del enemigo, se ignoraba quién habia penetrado el primero en la plaza. Fué él mismo: no obstante el humo de la batalla, lo vieron los suyos que le seguian, y los enemigos que en vano intentaban rechazarle.

Desde Zapotlan se dirigió Comonfort á Colima: precediale la fama de bueno y de valeroso, y Colima le abrió sus puertas el 29 de Julio, mediante un convenio por el cual concedió á los jefes y oficiales de la guarnición la garantía de la vida. Era aquel un triunfo de la razon, con el cual debió quedar el vencedor mas satisfecho que con el triunfo de las armas. Para asegurarle, Comonfort abolió en favor del puerto de Colima y de todo el territorio, las gabelas que existian, declaró vijente el arancel Ceballos, abolió los derechos de consumo y las alcabalas, así como todas las contribuciones directas, y dió al territorio un Estatuto orgánico. Todo él se adhirió á la revolucion.

Estos acontecimientos unidos á las tentativas de conspiracion que en la misma capital se hicieron en

el mes de Julio, decidieron por fin á Santa-Anna á abandonar un puesto, del cual le arrojaban la opinion pública y el despecho general, con mas fuerza todavía que las armas de sus enemigos. Se habia gastado el último real de los cuantiosos fondos que aquel gobierno habia tenido á su disposicion, fruto de odiosas contribuciones, de negocios malos, de la venta del territorio; y al agotársele el postrer recurso, pudo ya el hombre ver claramente que se habia agotado la paciencia de sus conciudadanos. Hizo pues secretamente sus preparativos de viaje, envió por delante á su familia, y mandó que varios cuerpos de tropa se situaran por el camino entre la capital y Veracruz.

Pero no podian tomarse tan en secreto aquellas disposiciones, que dejaran de traslucirse en el público, y con ellas el objeto á que se encaminaban. Hablábase de la próxima salida del presidente, y murmurábase de ella, porque se suponía que iba á ser una verdadera fuga. Los periódicos ministeriales dijeron que aquella especie era una calumnia, y el gobierno la desmintió en una circular fecha 2 de Agosto, en la cual se decia que los enemigos del orden para perturbar la paz, habian circulado la noticia de que el presidente iba á salir de la capital para ausentarse del país; y que siendo el fin principal de los anarquistas introducir la confusion y el desorden, se hacia saber á las autori-

dades, que aquello era una suposicion gratuita y maliciosa; que los que la propagaran, serian considerados como perturbadores del orden, y corregidos como tales.

Dos ó tres dias despues decian todavía los ministros del dictador en las columnas de la prensa ministerial, que era un rumor *absurdo, infame y malicioso* él que habian esparcido los enemigos del orden, porque el general Santa-Anna no era un cobarde ni un imbécil para huir como se suponía, ni se habia de degradar de aquella manera.

A pesar de esto, el 9 de Agosto á las tres de la mañana, salió de la capital, acompañado de su estado mayor y de una escolta de lanceros; tomó el camino de Veracruz, y se embarcó, despues de recibir en las poblaciones del tránsito y en aquel puerto, las mismas pruebas de respeto y de fingido amor que en los dias de su mayor poder se le daban.

El mismo día 9 se publicó un decreto, espedido el dia anterior, por el cual se mandaba publicar el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones. Santa-Anna habia nombrado para que le reemplazaran en el poder, al presidente del supremo tribunal de justicia, y á los generales Don Mariano Salas y Don Martin Carrera, y en caso de fallecimien-

to de éstos, á los generales Don Rómulo Diaz de la Vega y Don Ignacio Mora y Villamil.

El 10 apareció una circular del ministerio de gobernacion, que tambien tenia la fecha del 8, en la cual se decia á los gobernadores de los departamentos, que el presidente habia resuelto pasar al de Veracruz "para atender personalmente al restablecimiento del "orden que ha sido alterado en algunos puntos de aquella demarcacion." Esta fué la última palabra que dirigió el gobierno de Santa-Anna á la República: fué tambien la mas inocente de sus mentiras.¹

Despues, los ministros del dictador se escondieron; quedóse desierto el palacio; y la capital veia pasmada aquella súbita desaparicion del coloso, hasta que llegó el momento de sentirse el fragor de su caida. El dia 13 de Agosto se apercibieron los habitantes de

¹ Algunos dias despues se publicó un manifiesto del general Santa-Anna, que se suponía hecho en Perote, y que sin embargo habia sido escrito en esta capital antes que saliera el dictador. En él se decia en sustancia, que el gobierno habia sido muy bueno, y que la culpa de todo lo malo la tenían los que se habían rebelado contra él. Se dijo entonces, que el autor de aquel manifiesto habia sido el ministro de justicia Don Teodosio Lares.

El manifiesto de Perote ha sido refutado despues por Don Juan Suarez Navarro, en una serie de artículos que se han publicado en el *Siglo XIX*.

la capital de la mudanza que se habia efectuado en su suerte: habia huido el tirano, se habian ocultado los opresores, los ciudadanos eran libres: al verse libres despues de tanto tiempo de ser esclavos, no pudieron contener los impulsos de su gozo y de sus resentimientos: soltaron el dique á las pasiones, agriadas por las penas de la servidumbre; no faltó quien hablara de venganzas, y las turbas se vieron arrastradas á deplorables excesos. Las casas de algunos de los ministros, y de otros personajes que pasaban por amigos de la dictadura, fueron allanadas; sus muebles fueron hechos pedazos, ó quemados en grandes hogueras; una imprenta fué destrozada. Algunos dijeron que todo aquello habia sido una gran justicia. . . . Apresurémonos á rechazar semejante idea con toda la energía de la razon y toda la fuerza de la verdad. La historia maldice á los opresores de los pueblos, que dan ocasion á semejantes escenas, y compadece á los que con ellas manchan el entusiasmo de los triunfos populares: pero si maldice las iniquidades del opresor, no por eso adula las faltas del oprimido; no puede llamar justicias á las devastaciones: la justicia es una cosa muy diferente.

Por lo demas, todas aquellas demostraciones de gozo por la libertad y de ira contra los tiranos, se esplican muy bien con los tormentos que la nacion habia

sufrido. Ella había dado al gobierno de Santa-Anna cuanto había menester una política regeneradora para llenar una gran misión: poder sin límites, recursos abundantes, cooperacion de todos, sumision general, nada le había faltado: hasta sus mismos enemigos habían guardado silencio para allanarle los caminos: hasta los partidarios mas ardientes de la libertad se habrían sometido á su poder, si hubiera dado á las personas una garantía y á la sociedad una esperanza. Pero la política de aquel gobierno no solamente había sido una exageracion de principios hipócritamente proclamados, sino que había sido una política de ridiculez y de barbarie: quiso dominar por el terror, y fué aborrecido; quiso deslumbrar con oropeles, y fué menospreciado; quiso ahogar en sangre la opinion pública, y pereció él ahogado en la sangre y en las lágrimas de sus víctimas.

La teogonía del paganismo castigaba con las penas del averno á los tiranos: Eneas encontró en la mansion de los tormentos á los que habían vendido á su patria por oro, á los que la habían oprimido estableciendo y mudando leyes por vil interes.⁵ No es mas suave segun las creencias cristianas, el castigo que la justicia

⁵ Vendidit hic auro patriam, dominumque potentem
Imposuit; fixit leges pretio atque refixit.

VIRG. ENEID. LIB. 6.

de Dios impone á los opresores de los pueblos: “¡Ay de los que establecen leyes iníquas para oprimir á los pobres..... para violentar á los humildes, y despojar al huérfano y á la viuda!..... Ay de tí, que llevas por todas partes la destruccion y que desprecias á los demas: ¿no serás tú destruido y despreciado?”⁶ ¡Ay del que edifica una ciudad con sangre!⁷..... Caerá el soberbio, y será precipitado, y no habrá quien le dé ayuda.”⁸ Lo que pasó en México cuando cayó el gobierno de Santa-Anna, no fué sino el cumplimiento de lo que dice la religion sobre los que destruyen y esclavizan, y una repeticion de los hechos de la historia.

Con la fuga de Santa-Anna, quedaba cumplido el primer objeto de la revolucion, que era derrocar la tiranía. Faltaba el segundo, que era convocar á la nacion para que se constituyera conforme á su voluntad. Habiase conseguido el primero á costa de muchos esfuerzos, de muchos peligros y de mucha sangre: para

⁶ ¡Væ qui condunt leges iniquas. . . . ut opprimerent in iudicio pauperes et vim facerem causæ humilium. . . . ut essent viduæ præda eorum, et pupillos diriperent! ; Væ qui prædaris; ¿nonne et ipse prædaberis? et qui spernis, ¿nonne et ipse sperneris?

ISAIAS, CAP. X Y XXXII.

⁷ Væ qui ædificat civitatem in sanguinibus. . . .

HABACUC, CAP. II.

⁸ Cadet superbus, et corruet, et non erit qui suscitet eum.

JEREMIAS, CAP. L.

lograr el segundo, era menester que los hombres de hierro, que habian llevado la revolucion hasta la capital, saltando de monte en monte y de breña en breña por encima de las bayonetas y de los cañones del dictador, desplegaran en los consejos de la política tanta sabiduría y tanta entereza como valor habian mostrado en las batallas. Pronto veremos que no faltaron estas cualidades á los heroicos caudillos de la revolucion.

CAPITULO NOVENO.

TRIUNFO DE LA REVOLUCION.

Pronunciamiento de la guarnicion de México.—Infraccion del plan de Ayula.—Pronunciamiento del pueblo.—Gobierno del general Carrera.—Dificultades.—Renuncia.—Adóptase definitivamente el plan de Ayula en la capital.—Plan de San Luis.—Nueva lucha de la revolucion.—Firmeza de los caudillos.—Peligros.—Comonfort en Guadalajara.—Sale para Lagos.—Conferencia de Lagos.—Convenios.—Comonfort en Guanajuato.—Marcha á Cuernavaca.—Ovaciones.—Motivos que tuvo para retardar su viaje.—Nombramiento de representantes para elegir presidente.—Llega Alvarez á Cuernavaca.—Es elegido presidente interino.—Efectos de esta eleccion.—Manifestacion de Comonfort.—Ministerio.—Comonfort ministro de la guerra.—Vuelve á la capital.—Ajtacion de los ánimos.—Síntomas de trastorno.—Pronunciamiento de Guanajuato.—Nombramiento de Comonfort para presidente sustituto.—Efecto que causó.—Rasgo notable de Alvarez.—Tranquilidad.

La fuga del general Santa-Anna fué el triunfo de la revolucion; pero la revolucion no estaba en la capital para recojer del suelo el poder que el dictador habia abandonado. Podia levantarle el primero que pasara, y no habia razon para llevarlo á mal, supues-